



La “proximidad” evangélica

O todos o ninguno, o todo o nada, uno solo no puede salvarse

Bertolt Brecht

Pedro J. Gómez Serrano

EPCJ

ESCUELA DE PASTORAL
CON JÓVENES

1. La aportación del cristianismo a la sociedad

En pocas décadas, el cristianismo en Europa, en general, y en España, en particular, ha pasado de ser un fenómeno mayoritario, percibido como completamente natural y considerado fundamentalmente positivo, a ser minoritario, extraño y sospechoso de estar asociado a una concepción limitadora de la vida. Esta abrupta transición religiosa se verifica de un modo radical entre las nuevas generaciones, de modo que, hoy en día, “la carga de la prueba” recae sobre los jóvenes que son creyentes, mientras que los indiferentes, agnósticos o ateos no sienten necesidad de justificar una postura que entienden como prácticamente obvia.

Esta realidad nos obliga, a quienes somos cristianos, a buscar una forma de presencia en la sociedad que permita comunicar lo que somos de un modo *comprensible* y *significativo*. De hecho, todo el pontificado de Francisco persigue mostrar el extraordinario tesoro que el Evangelio puede representar para el conjunto de la humanidad y no solo para los miembros de la Iglesia porque, como bien señala José Antonio Pagola, Jesús de Nazaret no es “propiedad” de la Iglesia, sino “patrimonio de la humanidad”. Incorporar su concepción de la vida a los procesos sociales solo puede mejorarlos. Pienso, personalmente, que la mayor aportación de la Iglesia en el terreno social y político consiste, precisamente, en contribuir a formar personas sensibles a la injusticia, aliadas de los pobres y preocupadas por impulsar el bien común.

Por ello, quienes somos creyentes podemos y debemos aportar al debate público aquellas convicciones fundamentales respecto a cómo construir sociedades más justas en las que todos sus miembros puedan vivir con dignidad. Estas propuestas no deben presentarse desde ninguna pretendida superioridad moral o intelectual -como si la Iglesia tuviera la respuesta a todos los desafíos-, pero tampoco desde un complejo de inferioridad respecto a otras visiones de la vida, como si el Evangelio estuviera trasnochado o la fe no tuviera nada que ofrecer a nuestros contemporáneos. Por el contrario, la tradición cristiana tiene muchísimo que aportar a la configuración del mundo precisamente en lo que hoy constituyen los dos mayores desafíos planetarios: la crisis ecológica y la crisis social. Por este motivo las dos encíclicas de Francisco *Laudato si'* y *Fratelli tutti* han sido ampliamente leídas y muy bien valoradas por muchísimas personas alejadas de la experiencia religiosa cristiana o de la Iglesia. A veces, lo más triste, es que muchos de sus miembros no conozcan estos dos textos extraordinarios.



Este documento forma parte de la ponencia central de la mañana de la EPcJ 2024. Más info en la web.

Aunque, para que la contribución de los cristianos sea verdaderamente operativa será necesario no solo que esté formulada teóricamente de una manera sugerente, sino que esté avalada también mediante el testimonio práctico. De este modo, la aportación de los cristianos a la mejora de nuestra Casa Común será, al mismo tiempo, evangelizadora. Precisamente, la reflexión que sigue -inspirada en la parábola del *Buen Samaritano* y en la encíclica *Fratelli tutti*-, aspira a que tomemos plena conciencia de una actitud profundamente evangélica que, sin duda, podría contribuir enormemente a aliviar el drama social de nuestros tiempos. Una actitud que hemos denominado “proximidad” -aunque con permiso del “hombre de la RAE”, ya que la Real Academia de la Lengua Española no la reconoce- y que no se identifica, sin más, con la “proximidad” (ya sabemos que podemos ser muy ajenos a los que están cerca) ni con la “fraternidad” (esa intensa y estrecha relación que surge entre quienes comparten la fe o la sangre), aunque se funde también, en último término, en la hermandad universal de la familia humana (para los creyentes originada en la común paternidad de Dios).

2. La pandemia de la covid-19 como lugar de revelación

El concilio Vaticano II introdujo en el lenguaje teológico una expresión de mucho interés: “los signos de los tiempos”. La fórmula se inspira en las palabras de Jesús en el Evangelio cuando compara la habilidad de los agricultores para ver las señales atmosféricas y predecir, a partir de ellas, el cambio del tiempo, con la capacidad de los creyentes para descubrir la voluntad de Dios en los sucesos de la vida: “Decía también a la gente: «Cuando veis subir una nube por el poniente, decís enseguida: “Va a caer un aguacero”, y así sucede. Cuando sopla el sur decís: “Va a hacer bochorno”, y sucede. Hipócritas: sabéis interpretar el aspecto de la tierra y del cielo, pues ¿cómo no sabéis interpretar el tiempo presente? ¿Cómo no sabéis juzgar vosotros mismos lo que es justo?»” (Lc 12, 54-57)

En la actualidad, consideramos “signos de los tiempos” a algunos acontecimientos importantes y novedosos a través de los cuáles, desde una mirada creyente, Dios nos interpela; bien denunciando los caminos que deshumanizan nuestro mundo, bien mostrando los lugares y situaciones en las que va emergiendo su reinado. Son acontecimientos que “hablan” a quienes tienen fe, pidiéndoles que tomen partido. A título de ejemplo, la aspiración a eliminar las desigualdades de género o el desafío de la inmigración son situaciones nuevas a través de las cuáles Dios nos hace una llamada urgente. Porque Él sigue actuando y hablando en la historia humana que siempre trae novedad. No es un Dios del pasado, sino contemporáneo nuestro.

Para los cristianos la presente pandemia es, sin duda, un signo de los tiempos que nos revela tanto aspectos importantes de la realidad actual, como una voluntad de Dios que tenemos que aprender a descubrir.

En concreto, la pandemia ha puesto de relieve, con toda claridad, tres aspectos de la realidad que algunos se empeñan en negar o no reconocer:

En primer lugar, la universal *vulnerabilidad* y *fragilidad* de los seres humanos. Lo hemos visto en estos últimos meses: en pocas horas podemos pasar de la salud a la muerte. Y en este caso, quienes vivimos en los países desarrollados hemos tenido, por sorpresa, un contacto directo con la impotencia, la enfermedad y la muerte. Nos creíamos seguros por el avance de la ciencia médica y la abundancia de recursos económicos, pero, realmente, nuestra vida pende de un hilo. No somos omnipotentes, ni invulnerables.

En segundo término, hemos constatado que, con la globalización, todos estamos estrechamente conectados y profundamente interrelacionados. Somos radicalmente *interdependientes*. Gracias al transporte global, en pocas semanas el virus se extendió por todos los continentes. Los contagios se multiplicaron como un reguero de pólvora, pero, al mismo tiempo, también por esas vías se han difundido los respiradores, las mascarillas y las vacunas. Está claro, ni somos independientes, ni autosuficientes.

Por último, pero no en último lugar, hemos constatado que esa globalización resulta completamente *asimétrica* o *desigual*. Valgan un par de ejemplos para ilustrarlo. Cuando estalló la pandemia había 160.000 respiradores en USA para 335 millones de personas y 2.000 en África Subsahariana para más de 800 millones. Esta misma semana, al tiempo que en España habíamos logrado la vacunación completa del 77,25% de la población, Sierra Leona solo lo había logrado con el 0,55%, Sudán con el 0,27% o Siria con el 1,5%. No es de extrañar, mientras Estados Unidos se puede gastar 10.500 dólares por persona y año en sanidad y España 3.300 dólares, en el África Subsahariana tienen unos presupuestos de 50 dólares por persona y año (200 veces menos que en USA y 70 menos que en España). No somos iguales, ni tenemos las mismas oportunidades.

Pero, a otro nivel, la pandemia nos ha recordado que esta vulnerabilidad, esta interdependencia y esta desigualdad colocan a cada ser humano ante una *alternativa*: podemos ser parte de la solución o parte del problema. La pandemia ha desafiado nuestra responsabilidad. Algunos han respetado las medidas sanitarias, otros no. Algunos han trabajado hasta el heroísmo para salvar nuestras vidas, otros han puesto en riesgo las suyas y las de los demás con comportamientos temerarios. Algunos han puesto su conocimiento al servicio de la investigación sobre las vacunas, otros se han encargado de sabotear su administración o de difundir noticias falsas. Algunos se han replegado en sus domicilios para evitar ser contagiados, mientras otros han ayudado a las personas enfermas, mayores o dependientes a superar las limitaciones del confinamiento. Está claro: como todo está conectado, todo lo que hacemos o dejamos de hacer tiene repercusiones, no solo sobre nosotros, sino sobre toda la sociedad.

3. Las dos preguntas radicales que disciernen el corazón humano

Una primera aproximación al significado de la “proximidad” puede encontrarse en *dos preguntas* clave que aparecen en la Biblia y que expresan *dos actitudes* opuestas en quien las formula y *dos estilos de vida* antagónicos en quienes las adoptan de manera sistemática. Una aparece en el Antiguo Testamento y otra en el Nuevo. Detengámonos brevemente en ellas.

Como es sabido, en el relato del Génesis sobre el origen de la humanidad, Caín, después de haber matado por envidia a su hermano Abel, es interrogado directamente por Yahvé que le pregunta por su paradero. Temeroso y avergonzado Caín responde: “¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?” (Gen 4, 9). Como puede observarse, la intención de Caín es excusarse. Y, de hecho, esa respuesta, realizada curiosamente a través de una pregunta, expresa una actitud que se ha repetido y se repite una y otra vez en la historia humana. Es la actitud del desentendimiento. Efectivamente, podemos ir por la vida desentendiéndonos de los demás y sus problemas; echando balones fuera; buscando a otros culpables del mal y la injusticia; lavándonos las manos ante nuestras acciones y omisiones más dañinas.

Lo que ocurre es que Caín, probablemente porque era uno de los primeros seres humanos de la historia, contesta a Dios ingenuamente. Porque, si hubiera respondido “¿acaso soy yo el guardián de ese *animal de naturaleza racional?*”, a lo mejor su respuesta habría bastado para salir del paso, pero al responder “¿acaso soy yo el guardián de mi *hermano?*” se queda sin escapatoria. Denominar a alguien “hermano” significa, irremediabilmente, reconocerlo como parte de tu familia, como parte de tu vida, como alguien ante quien tienes una verdadera responsabilidad ética ineludible.

Pero, en frontal oposición a la pregunta de Caín se encuentra la de un maestro de la Ley que se aproxima a Jesús. Ciertamente se acerca, según indica el evangelio de Lucas “buscando justificarse”, pero también intentando acertar en la vida. Por eso le dice a Jesús -después de que éste le recuerde la enseñanza clásica de la ley judía- “Y, ¿quién es mi *prójimo?*” (Lc 10, 29). Quien camina sencillamente por la vida haciendo esta pregunta se sitúa en la perspectiva contraria a la de Caín, acetando implicarse en los problemas de todos los que puedan necesitar de él, aunque esa implicación suponga una complicación para la existencia. En esto consiste, en esencia, la “proximidad”. En definitiva, ante cada persona con problemas que se topa con nosotros siempre cabe elegir entre desentenderse o implicarse. Me parece que esta es la alternativa más radical a la que nos enfrentamos los seres humanos.

Por eso, existe una profunda convicción en el cristianismo: en el *inicio* está la *relación*. No es verdad que en el origen está el individuo aislado que, posteriormente, elige si se relaciona con otros y delimita el alcance de las responsabilidades que tiene ante cada uno de ellos de manera libre e interesada. Eso es simplemente falso. En el inicio de cada existencia humana está la relación, la familia, la comunidad, el pueblo: nadie se ha engendrado a sí mismo, ni se ha parido a sí mismo, ni se ha alimentado a sí mismo, ni se ha educado a sí mismo, ni ha inventado el lenguaje que usa, ni la tecnología que resuelve sus problemas, ni se ha dado el primer beso o el primer abrazo. Todos nacemos en una red humana de interdependencia, ayuda y afecto y, sin ella, nos morimos o, en el mejor de los casos, no logramos alcanzar la condición humana completa (como los “niños lobo” que una vez reintegrados a la sociedad no llegan a poder hablar).

4. A propósito de la parábola

La parábola del Buen Samaritano puede ayudarnos a profundizar en el significado de la “proximidad”. Dado su carácter simbólico, cualquier parábola tiene una intención principal y un infinito número de interpretaciones posibles según quién y donde la escuche. El relato del Buen Samaritano, al tiempo que revela el significado más hondo del cristianismo, tiene un significado de alcance universal que cualquier persona puede comprender perfectamente sin necesidad de grandes conocimientos bíblicos.

Sin pretender agotar la enorme riqueza de esta narración, que tenemos muy fresca por la oración inicial, vamos a destacar algunas de sus enseñanzas. Os animo a escucharlas poniéndolas en relación con vuestras propias actitudes, con vuestra manera de situaros en la vida.

En primer lugar, podemos observar que hay un elemento *pasivo* y otro *activo* en el ejercicio de la “proximidad”. No se busca al prójimo intencionadamente o de forma programada; nos sale al encuentro por sorpresa. No lo elijo por algún tipo de afinidad, interés o simpatía; aparece solo como ser humano vulnerable o vulnerado que se cruza en mi camino. Por eso subrayo que hay un momento de pasividad en este encuentro: yo no hago nada para escoger a mi prójimo; me viene dado por las circunstancias. Pero, una vez aparece, no me queda más remedio que actuar. Puedo mirar hacia otro lado o

mirarlo de frente. Puedo cruzarme de manos o poner manos a la obra. Puedo acoger o rechazar su interpelación. En este sentido, “no hacer nada”, ya es “hacer algo”. Y, lo chocante del relato es que fue justamente el extranjero el que practicó la “proximidad” en lugar de los que, en principio, estaban naturalmente más obligados asumirla por su mayor cercanía política, social, cultural o religiosa con la víctima.

En segundo lugar, el relato muestra las cuatro etapas del ejercicio efectivo de la fraternidad y el modo en el que abarca a *toda la persona*:

- 1º. Ver o, mejor, *mirar* al herido, en lugar de mirar para otro lado como sin duda a todos “nos pide el cuerpo” ante el dolor, la pobreza, la angustia, la enfermedad...
- 2º. Pasar eso que hemos visto por el *corazón*, es decir, pasar del *ver* al *conmover*. Aquí nos ayuda la sabiduría popular: “ojos que no ven, corazón que no siente”.
- 3º. Pensar con la *cabeza* y actuar con las *manos* practicando los primeros auxilios que precisa una situación de urgencia.
- 4º. Llevar al herido a la posada, esto es, *caminar* para buscar la *respuesta estructural, política y profesional*, que va más allá de la asistencia personal o de emergencia.

No quiero dejar de señalar que la parábola utiliza unos verbos muy significativos y, podríamos decir “contraculturales” para nuestra sociedad. Algunos aparecen expresamente en el relato, pero otros son implícitos, aunque completamente reales. Os animo a recordarles imaginando que cada uno de ellos representa una manera de entender la vida y no solo el conjunto de acciones puntuales que aparecen en este texto: *ver... mirar... detenerse... conmoverse... bajarse... tocar... vender... curar... cargar... subirle... montarle... encargarse... llevar... encomendar... pagar...*

Quiero subrayar, por último, que el Buen Samaritano *no era un superhéroe*, ni decidió crear allí mismo la Dirección General de Tráfico para evitar nuevos accidentes, ni se hizo amigo íntimo del herido, ni abandonó su género de vida, ni quiso resolver todo el problema solo. Hizo lo que pudo y, como señaló un santo cuyo nombre ahora no recuerdo: “Quien hace lo que puede, hace lo que debe”. Simplemente, *no buscó excusas*.

5. Las patologías de la “proximidad”

He dejado para una consideración aparte la identificación de los principales desafíos a los que se enfrenta la generalización de una sana “proximidad”. Interesa identificarlos no solo porque se encuentran muy extendidos entre nosotros, sino porque son alentados con mucha frecuencia desde los medios de comunicación y a través de numerosos discursos políticos. En el fondo, se trata siempre de legitimar nuestras excusas ante el clamor de la injusticia y el dolor del mundo o porque nos benefician o porque tomarlas en serio nos sacaría de nuestra situación de confort. Por ello, en la educación de la solidaridad tan importante es promoverla en positivo, como visibilizar y neutralizar nuestros mecanismos de defensa y justificación. Casi todo el mundo conoce los problemas locales y planetarios, pero casi siempre encuentra pretextos para actuar: “no sabemos”, “no podemos”, “no se puede hacer nada”...

Francisco posee una formidable capacidad de comunicación y ha sabido poner nombre a algunas de las enfermedades de nuestro mundo que atentan contra la “proximidad”. Querría referirme a dos de ellas:

La primera expresión que quiero rescatar es “*la globalización de la indiferencia*”. Como bien dice Francisco, el problema no es la globalización sino qué se globaliza. Se globalizan los mercados, las finanzas o el comercio, pero no se globalizan los derechos humanos, las condiciones de vida digna o la solidaridad. Peor aún, ante los grandes problemas globales (crisis ecológica, desigualdad económica, emergencia social, violencia...) se extiende la globalización de la indiferencia. Ya decía el teólogo Johann Baptist Metz que el precio que tienen que pagar los países ricos para disfrutar de su bienestar es practicar la “*amnesia obligatoria*”, es decir, que ignoren u olviden la miseria que padecen quienes no pueden participar de nuestro banquete. Dos eslóganes de Manos Unidas me ahorran alargarme en este asunto: “Tu indiferencia te hace cómplice” y “¿Manos unidas o brazos cruzados?”.

La segunda denuncia del papa, manifestada en numerosos escritos y discursos se refiere a la generalización de la “*cultura del descarte*”. Así en Laudato sí nº 22 afirma expresamente al referirse a la crisis ambiental: “Estos problemas están íntimamente ligados a la cultura del descarte, que afecta tanto a los seres humanos excluidos como a las cosas que rápidamente se convierten en basura”. No puede ser más claro. La práctica del “*usar y tirar*” se aplica tanto a los objetos como a las personas y, claro está, una actitud utilitaria frente a los demás frena de raíz cualquier respuesta solidaria ante quienes se presentan a nosotros desde su necesidad y no desde su riqueza.

Pero hay una enfermedad de la “*proximidad*”, aún más sibilina y difícil de identificar, porque se presenta con apariencia de bien. Me refiero a la “*solidaridad restringida*” que parece ser manifestación de la generosidad y la acogida por quienes la defienden. En ella nos encargamos de ayudar y defender a “*los nuestros*” (definidos de muy diversa manera), negando “*el pan y la sal*” a los que excluimos de nuestro círculo. En estos momentos tenemos una verdadera pandemia de este “*virus moral*”. Donald Trump llegó al poder y casi lo mantiene con el lema “*Nosotros primero*” pensando en Estados Unidos, pero muchos otros líderes del mundo (y ciudadanos de a pie) lo practican, aunque sea de modo más discreto. Así, alardeamos de solidaridad, pero, eso sí, solo con los nuestros, sean los miembros de la Unión Europea respecto al resto del mundo, los españoles frente a los extranjeros o los de cada comunidad autónoma respecto a las demás. El veneno se sigue extendiendo y el antídoto educativo y pastoral no sé si está funcionando demasiado bien.

6. Tres sabias constataciones

No querría caer en esta reflexión en una ingenua idealización de la “*proximidad*” como si fuera una actitud fácil que solo dependiera de nuestra buena voluntad. Pienso que es completamente necesaria, pero, al mismo tiempo, que resulta difícil de practicar, por lo que reclama *paciencia, humildad y entrenamiento*. Además, me parece que, cuando no se reconocen las dificultades objetivas de una realidad, los efectos de la desilusión o a frustración de expectativas pueden tornar la situación de partida aún más difícil. Por poner un ejemplo, proponer una actitud de acogida a los inmigrantes no debería obviar que su integración es difícil por muchos motivos y que puede que perjudique (real o simbólicamente) a algunas personas de nuestro país que están pasando dificultades. Olvidar este hecho y no prevenir posibles problemas con las políticas adecuadas puede acabar alentando, precisamente, la xenofobia o el populismo. Por este motivo me gustaría hacer tres sencillas consideraciones.

Con demasiada facilidad utilizamos la expresión “*el roce hace el cariño*” y, sin duda, ello forma parte de la experiencia de todos nosotros, pero olvidamos la otra cara de la moneda que resulta igualmente cierta: “*el roce hace ampollas*”. Por eso, algunos aca-

ban abonándose a otros conocidos refranes que tiene mucho éxito en la actualidad: la versión piadosa sería “Cada uno en su casa y Dios en la de todos”, mientras que la secularizada indicaría “Más vale solo que mal acompañado”. Efectivamente, la convivencia nos enriquece, pero también nos desgasta. La “proximidad” nos gratifica, pero también supone un esfuerzo.

He recordado muchas veces que el teólogo alemán Jürgen Moltmann, en su libro sobre *la libertad la alegría y el juego*, afirma que es fácil ser amigo de quienes piensan como nosotros y responden a nuestras necesidades, pero que resulta muy difícil serlo de quienes no piensan como nosotros y no corresponden a nuestras expectativas sobre ellos. Y, sin embargo, en el centro del mensaje cristiano, está la convicción de que nuestro trato a los demás debe preservar su libertad e identidad, la convicción de que los distintos pueden respetarse, ayudarse y reconocerse.

Por último, no debemos olvidar que la actitud que estamos describiendo, como cualquier otra, precisa de un aprendizaje que no termina nunca y que, como cualquier forma de amor, es un verdadero *arte* como nos enseñó Erich Fromm. En concreto, es preciso aprender a articular nuestra capacidad de tratar como prójimos a quienes nos necesiten respetando también su intimidad; prestar la ayuda adecuada sin sustituir a nadie en el protagonismo y la responsabilidad de su vida; atender a los prójimos “cercaños” sin que ello sea la excusa para olvidar a los “lejanos” (o viceversa, que de todo hay en la “viña del Señor”), practicar la solidaridad desde la gratuidad pero promover, al mismo tiempo, la reciprocidad que es un tipo de relación interpersonal mucho más sano; no olvidar la acción asistencial pensando en los cambios estructurales ni la necesidad de éstos por volcarnos con las personas concretas...

7. Para acabar

Buscando una conclusión honrada y realista para esta charla, me parece que debemos comenzar por reconocer que a lo largo de nuestra vida *todos pasamos muchas veces por los cuatro roles que aparecen en la parábola*: a veces somos como los “salteadores” del camino que herimos y robamos a nuestros hermanos; en demasiadas ocasiones damos un rodeo porque tenemos otras cosas que hacer o porque no queremos poner en riesgo nuestra forma de vida; también nosotros hemos sido víctimas del daño que nos han infringido otros que nos han maltratado y hemos recibido el apoyo de personas buenas; y estoy seguro, también, de que muchas veces hemos sido y somos buenos samaritanos para los demás. Quizá nos toque intentar que las “proporciones” en las que representamos esos roles vayan evolucionando, poco a poco, hacia los que representan la verdadera hermandad.

En este terreno, suelo utilizar con mucha frecuencia un par de *metáforas deportivas*. Me parece que entre nosotros compiten dos concepciones respecto a cómo debería ser la sociedad. Para unos la imagen que la representaría sería la de las *Olimpiadas* donde todos compiten con todos para lograr la excelencia, la victoria, el record o la medalla. En esta visión de la sociedad, los demás son percibidos como rivales o estorbos y solo algunos son capaces de triunfar, mientras que los menos productivos o competitivos experimentan, una y otra vez, el fracaso y el abandono. Pero hay quienes pensamos que la sociedad puede inspirarse mejor en las *Carreras Populares*. En ellas, lo importante no es saber quién gana y si registró una marca importante, sino disfrutar de la carrera y de la compañía de los demás corredores, intentando que todos -incluso los niños, mayores o personas con alguna limitación- puedan llegar sin que nadie se quede atrás. Este imaginario social fue bellísimamente expresado por León Felipe cuando escribió:

*Voy con las riendas sueltas y refrenado el vuelo,
porque no es lo que importa llegar pronto ni solo
sino llegar con todos y a tiempo.*

Y quiero dar la última palabra a Francisco porque su pensamiento y escritos han estado muy presentes en todo lo que he contado

En primer lugar, me ha llamado la atención que, en la encíclica *Fratelli tutti* al menos en un par de ocasiones Francisco repite casi literalmente las palabras de Bertolt Brecht que aparecen al inicio del esquema:

“Tantas personas comunes y valientes durante la pandemia entendieron que nadie se salva solo” (nº 54)

“Necesitamos desarrollar la conciencia de que hoy en día o todos somos salvos juntos o nadie es salvo” (nº 137)

En segundo término, Francisco insiste en que, aunque la invitación a practicar la solidaridad se extiende a toda la humanidad por el simple hecho de formar parte de la familia humana, esa propuesta es aún más radical para los cristianos dado que Jesús mismo indicó que *no es posible encontrarnos con él sino en el hermano herido*. Sus palabras no admiten ninguna duda: “Cuanto hicisteis a uno de estos de mis hermanos pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25, 31-46). Aunque también es cierto que, la misma experiencia de la fe, junto a esta exigencia, conlleva también la experiencia del amor incondicional y gratuito del Padre que nos hace hermanos de Jesús y que, con la fuerza su Espíritu, nos capacita constantemente para vivir la “proximidad”.

Por último, el papa señala que resulta imprescindible no solo saber que somos hermanos sino *sentir* que somos hermanos. Por eso, el desafío de la “proximidad” consiste experimentar con fuerza un sentimiento de “nosotros” en la sociedad del “yo yo, ya ya”. Como tarea pastoral no puede ser más apasionante. A ella debemos entregarnos.



¡Sínté,
no somos

EPCJ

www.escueladepastoral.org

XX escuela de pastoral
con jóvenes

#epcj21